

CARITAS: DIEZ AÑOS DE TRANSICION

EDUARDO GARCIA BERENGUER
EX-DIRECTOR DE CARITAS DIOCESANA

La vida es trabajo y deber para con la humanidad. En cuanto al deber hacia la humanidad, consiste en la revolución permanente, que no significa otra cosa que el cumplimiento continuo de la voluntad de la vida, encarnada en su progreso hacia los ideales.

(Puede parecer fácil vivir inmerso en el propio egoísmo, pero de este modo es difícil encontrar algún bienestar, si se es un hombre digno de ser así llamado).

Tengo fe en la vida y en los hombres, así pues me considero a mi mismo obligado a creer en sus ideales en tanto crea que están en lo cierto, pues ignorarlos sería huir como un cobarde. Mas, igualmente, me considero obligado a combatir esos mismos ideales, desde el momento en que creo que son una aspiración vana, pues ignorarlo sería traición.

¡Ese es el significado de la revolución permanente!

NAGUIB MAHFUZ: "EL - SUKKARIYYA"

Probablemente no me habría atrevido a escribir sobre la historia reciente de Cáritas, de no tener la certeza de poder hacerlo a partir de la experiencia directa de su desarrollo, desde una posición de privilegio, durante el período comprendido desde el 7 de noviembre de 1984 (casualmente coincidiendo con el aniversario de mi matrimonio), hasta finales del pasado año 1994.

En todo caso, son evidentes los riesgos de subjetividad que deben asumirse, por lo que, de antemano, quisiera hacer una llamada a la comprensión de aquellos lectores de Almogaren que no coincidieran con alguna de las apreciaciones aquí contenidas o encontraran omisiones importantes. Unas y otras nacen de una actitud cargada de buenas intenciones y sólo pueden ser consecuencia de mis reconocidas limitaciones.

Intencionadamente, he procurado citar tan solo dos nombres. Esto evita herir susceptibilidades, olvidos que podrían resultar lamentables y deja a todos con sus propios méritos en manos del reconocimiento más profundo de Aquél que está sobre todos.

1. CARITAS DIOCESANA EN EL 84 Y LOS G.A.S.

Sería difícil definir y, lógicamente, aún más comprender, la realidad de Cáritas Diocesana de Canarias en el año 1984, de no situarla en el contexto de dos circunstancias trascendentales para su propia evolución:

Por un lado, el desarrollo y la consolidación de la Confederación Nacional, que conocemos como “Cáritas Española”, que, a través de sus Servicios Generales, bien dirigidos y aún mejor nutridos por magníficos responsables en sus diferentes departamentos, venían haciendo cada vez más patentes las distancias como un reto a salvar con decisión.

Por otro, la entonces reciente incorporación de Ramón Echarren como pastor de nuestra Diócesis que, continuando la labor de sus predecesores, aportó no sólo su experiencia personal anterior en la Organización, sino también, lo que es mucho más importante, su extraordinaria y contagiosa sensibilidad social.

El modelo eclesial condicionante de la vida de Cáritas, como probablemente ha sucedido en otros momentos puntuales, debido al carisma y la fuerte personalidad de su responsable en aquella época y a su dilatado e intenso período de servicio, determinaba una estructura vertical, marcadamente jerarquizada, en la que con el transcurso de los años, en los que venía desarrollando una notable labor, fuer personalizando las funciones propias de la Delegación Episcopal y de la Dirección.

Evidentemente, aunque a veces algunos parezcan resistirse a aceptarlo así, la Historia de cada momento se fundamenta en los anteriores, con independencia del juicio crítico que, desde diferentes ópticas, éstos puedan suscitar. Cada “texto” además de un “con-texto” tiene también un “pre-texto”. Así la vida de aquella Cáritas, sin duda necesitaba de un desarrollo más horizontal, fue posible, precisamente gracias al trabajo llevado a cabo hasta entonces.

Cáritas venía supliendo, en nuestra realidad social, diferentes e importantes carencias de la iniciativa pública, llevando a cabo una polifacética labor y creando un red de múltiples obras que abarcaban desde el Comedor Asistencial, la Central de Leche Reconstituida y la Hospedería, a la Casa Sacerdotal, el Internado San José y Escuela para niños sordos e hipocúscicos, las Guarderías Infantiles y los Institutos de Enseñanza Media, hasta un Patronato de Viviendas.

Tales actividades, débilmente tecnificadas, exigían un gran esfuerzo organizativo y de gestión, además de fuertes inversiones, siempre insuficientes, que ante la escasez de las aportaciones privadas debían canalizar importantes subvenciones oficiales y estaban presididas por criterios estrictamente asistenciales y débiles planteamientos de denuncia incisiva de las situaciones de injusticia.

Sin temor a emitir juicios de valor puramente personales, puesto que fueron experiencias vividas tanto con los responsables de Cáritas en el plano nacional, como con diferentes equipos directivos de otras Diócesanas, Cáritas, absorbida por una actividad titánica, parecía resistirse a la dinámica de recuperación de las raíces transformadoras emanadas con tanto vigor del Concilio Vaticano II, que estaban exigiendo de los responsables de la acción caritativa y social de la Iglesia (quizás más caritativa que social) un profundo desarrollo de las potencialidades personales de sus destinatarios, orientado hacia su incursión en la sociedad marginante.

En tales circunstancias y como consecuencia de esa tensión, puede comprenderse, con cierta facilidad, la aparición de grupos de acción social (G.A.S.), entre cristianos comprometidos de cierta radicalidad, que iban conformando unas bases rudimentarias, claramente descoordinadas y más o menos cercanas a las parroquias, pero que eran expresión del germen profético de la cercanía cristiana a los más necesitados, aunque no se identificaban con Cáritas.

2. EL NACIMIENTO DE UN EQUIPO

En esa perspectiva y con el bagaje de los años pasados en Cáritas de Madrid y en los Servicios Generales, no necesitaba nuestro Obispo mucho

más para iniciar un cambio con el apoyo de un pequeño, humilde y débil grupo (pequeño, humilde y débil como todo recién nacido) de cristianos desconcertados y todavía escasamente conscientes de la dificultad de su misión, pero repletos de fe, de esperanza, de amor y de confianza en su Presidente que era capaz de infundirles una nueva vivacidad.

Para desconcierto y hasta frustración de las prisas manifestadas por muchos de los miembros de Cáritas, no obstante, no se produjeron decisiones radicales ni traumáticas, que sin duda habrían provocado profundas y, quizás irreparables, escisiones internas en el seno de la Iglesia local. La prudencia y el respeto, pero también la constancia y el tesón fueron imponiéndose lentamente, superando las normales dificultades del diálogo, de los espacios compartidos y de la convivencia cotidianas entre dos modelos, si no contrapuestos, sí claramente divergentes en sus planteamientos de base.

El nuevo equipo disfrutó del privilegio de la existencia de los locales de la Avenida de Escaleritas y nació pobre, con un personal laboral heredado de la etapa anterior, sobre cuya necesidad y elección no tuvo posibilidad de manifestarse, y sin más recursos que unas pocas colaboraciones periódicas, que rondaban la media de las quince a las veinticinco pesetas, sin llegar a cubrir la retribución de la persona encargada de su cobro y la colecta del Corpus Christi, día nacional de Caridad, que todavía se celebraba en Jueves festivo “reluciente más que el Sol”, con sonido de huchas, brillo de banderitas y con todo el esplendor de las casetas callejeras. Con todo, el presupuesto anual de ingresos suponía unos cinco millones de pesetas. Lógicamente el de gastos era equivalente al anterior, mas bien algo excedido.

La incipiente estructura exigía, sin embargo, un marco jurídico adecuado que se concretó en un documento base por medio del cual se establecía una distinción entre OBRAS, integradas por las descritas en el apartado anterior, al frente de cuya gestión continuaba su anterior responsable, por delegación Episcopal y SERVICIOS que, aunque no claramente reflejado en aquél documento, se creaba con vocación de convertirse, propiamente, en Cáritas Diocesana y cuyas tareas se encomendaban a un equipo compuesto por un delegado episcopal (otro), un director, un secretario general y cuatro responsables de los departamentos de Acción Social, Desarrollo Institucional, Comunicación Cristiana de Bienes y Administración, siguiendo las directrices emanadas de los Estatutos de la Confederación. No obstante, ambas continuaban siendo Cáritas, manteniendo el mismo número de identificación fiscal.

Pasar de un esquema eclesial piramidal al esquema cristocéntrico propugnado por el Concilio, ha venido siendo una difícil tarea aún inconclusa. Cáritas, no pudiendo substraerse a esa dinámica, vivía entonces también esa transición, con excesiva lentitud para los deseos de algunos.

Al asignar a los Servicios de Cáritas la colecta del día nacional de Caridad y las pequeñas periódicas aportaciones de colaboradores fijos, las Obras quedaban teóricamente sin recursos económicos en cuanto se refiere a donativos, aunque continuó percibiendo una serie de ayudas personales directas que constituían la denominada operación Buen Samaritano, cuyos fondos seguían distribuyéndose por la Gestión de las Obras, sin variación de los criterios anteriores ni otra nueva coordinación. Además poco habría resuelto tan exiguo presupuesto en relación a la magnitud de las necesidades económicas que planteaban tantas y tan importantes obras.

Esto suponía, en el seno de la Organización de la Iglesia diocesana, que tenía encomendado el ejercicio de la Acción Caritativa y Social desde los principios de coordinación que presidieron y motivaron la creación de Cáritas en los años cuarenta, la existencia simultánea de dos organizaciones, Obras y Servicios, destinatarias de donativos particulares que distribuían entre los necesitados con diferentes criterios. No resulta extraño que, ajenos a las dificultades internas, muchos cristianos percibieran la existencia de dos Cáritas paralelas.

No me resisto a dejar reflejado aquí un lamentable error que padece de forma sistemática, aunque comprensible, nuestra sociedad, pero que resulta particularmente doloroso y dañino para su imagen en el seno de la Iglesia y que he podido apreciar en diferentes Entidades y Movimientos: los protagonismos personales y el miedo a perder la propia identidad, nos impiden *sumar individualidades* aceptándolas con respeto, perdiendo así, demasiado a menudo, la riqueza de la diversidad y el pluralismo.

3. LOS PRIMEROS PASOS

La esperanza de nuestro nuevo equipo estaba puesta en la labor de cada día y en la aceptación humilde de unas circunstancias, no sobrevenidas, que no podíamos explicar suficientemente y cuya existencia anterior era preciso asumir con fe, dejando actuar al tiempo y a la Iglesia diocesana.

De aquellos momentos guardo, con especial ternura, el recuerdo de tres vivencias de enorme riqueza humana:

- Los cursillos de iniciación de grupos de Cáritas parroquiales, primer paso para la creación de una amplia y sólida base, nos proporcionaron la oportunidad del diálogo con los más radicales y con los profesionales de la asistencia de muchas parroquias. Debíamos multiplicarnos, lo más urgente y prioritario de nuestro trabajo estaba fuera, junto a ellos. Era preciso superar la centralización y tratar de recu-

perar la imagen de una Cáritas de todos. En ocasiones, todos los miembros del equipo nos encontrábamos desperdigados celebrando reuniones en diferentes puntos de las Islas al mismo tiempo. Sin duda fue la época más feliz y la que me atrevería a calificar como más propiamente de Cáritas, en cuanto a la labor que nos había sido encomendada y que nuestra Iglesia necesitaba. Se trataba de aprender juntos a descubrir la necesidad y la sensibilidad de la Acción Caritativa y Social. Todavía por aquellos días se cuestionaba cual de los dos adjetivos debía anteponerse. Con el tiempo, esta tensión y la afirmación excluyente de los G.A.S. fueron diluyéndose.

- Las Asambleas Nacionales de El Escorial, en las que encontrábamos un espacio incalculable de formación y el intercambio de experiencias en un ambiente festivo y relajado pero de gran contenido espiritual.
- El Consejo Pastoral Diocesano, con amplia representación de seglares, en cuyo seno comenzaron a fijarse Objetivos Prioritarios y a establecerse cauces de coordinación con las restantes ramas de la Pastoral.

Era el momento de concretar nuestras perspectivas de futuro en un Reglamento que se creó en el año 1988, siguiendo las pautas contenidas en los Estatutos de Cáritas Española.

Era el momento, también, de trabajar en la imagen de Cáritas, superando la tradición de la cuestación pública anual, para reducirla a la celebración eclesial del día del Cuerpo de Cristo, despertando los sentimientos más auténticos de solidaridad durante todo el año. También nos multiplicamos para hacernos presentes en los medios de comunicación en los tiempos litúrgicos fuertes, a través de ruedas de prensa, programas de radio, en los que supuso un hito inolvidable la cariñosa colaboración de Radio ECCA y los fugaces mensajes de veinte segundos en Televisión.

Era el momento de poner en marcha folletos informativos, comunicaciones internas y una Hoja de Solidaridad siguiendo la antigua iniciativa de la Hoja dominical de Caridad del ABC en Madrid, para difundir en las parroquias nuestra actividad y la existencia de casos concretos, cercanos, de personas y familias necesitadas de ayuda puntual. También de lanzar campañas propias de sensibilización producidas con nuestros limitados y pobres medios y la entrañable colaboración desinteresada de Carlos Domínguez, el popular Carlos de los dibujos diarios de humor y de su equipo.

Era, finalmente, el momento para definir los criterios de coordinación regional.

La estructura de Cáritas iba consolidándose, comenzamos a celebrar nuestras propias Asambleas, crecía día a día el número de grupos parroquiales que iban coordinándose en sus Arciprestazgos con representación en un Consejo Diocesano, que, desde la rigidez de unas primeras sesiones de puro trámite, sólo con la asistencia de “la cabeza”, fue abriéndose para dar cabida a los grupos de base y más tarde a las entidades federadas (Obra Social, Camino de Emaús, Confer) para tratar de ser cauce de diálogo e intercambio.

Temo, no sin razón, que mi relato aparezca teñido de triunfalismo. Lo cierto es que todavía quedaba mucho por hacer, pagábamos nuestra inexperiencia de la que fue un alivio la afortunada coincidencia de la condición de Trabajadora Social de la primera Secretaria General, éramos conscientes de que probablemente ninguno de nosotros llegaría a ver el fruto de nuestro trabajo y, desgraciadamente, como ocurre en todos los grupos humanos, no tardarían en hacer su aparición las tensiones internas, que en varias ocasiones llegaron a hacer nuestra firmeza.

4. LOS PROGRAMAS Y LOS GRANDES PROYECTOS

El trabajo de cada día nos enseñaba, sobre todo, que cuanto más hacíamos, más se nos evidenciaba todo lo que aún faltaba por hacer.

El lento crecimiento, en número y en miembros, de los equipos de base y el disparatado incremento del deterioro y la marginación social, nos llevó sin remisión a caer en la tentación de exceder los límites de la prioritaria misión de sensibilizar a la comunidad cristiana y a la sociedad, criterio éste no compartido por igual por todos los miembros del equipo diocesano, algunos de los cuales entendía, comprensiblemente, que ante los datos de la realidad social, deducidos de un estudio realizado a nivel diocesano, que marcó una etapa, no podíamos permanecer insensibles, sin hacer todo lo posible por tratar de remediar directamente los niveles de necesidad y dar respuestas concretas a las carencias y a la marginación.

Esta actividad, fácilmente justificable dado el crecimiento de las aportaciones periódicas, las colectas anuales y la potenciación de las subvenciones oficiales, habría resultado irreprochable de no haberse resentido sensiblemente el acercamiento a las Cáritas Parroquiales, muchas de ellas aún sin constituirse y otras con esquemas de trabajo y criterios inadecuados, que pedían un acompañamiento, una formación y una coordinación que no terminaban de consolidarse.

Así, la antigua Hospedería, de locales separados por sexos, en lamentables condiciones de conservación, salubridad e higiene, se cerró para dar paso a la Casa Transeúnte, profundamente renovada en su infraestructura y en sus

objetivos, con una clara vocación de cubrir el vacío en la atención de necesidades de corta estancia de personas desarraigadas, hasta su retorno a los lugares de origen.

En colaboración con la Parroquia de San Agustín, se abrió el Hogar de Santa Rita, para acoger a los indomiciliados callejeros sin techo.

En el sector de la mujer marginada, se abrió el Centro Lugo, en un pequeño local del Callejón de Las Chapas, primero y poco después, en mejores condiciones, en la calle Molino de Viento, centro de una de las zonas de la ciudad en que se ejerce la prostitución de forma más intensa.

Pero la estrella de todos los proyectos de aquella época fue, sin duda, la Casa Esperanza para Rehabilitación de alcohólicos crónicos. Pionero en nuestro país, fue cuidadosamente programado, incluyendo un período de formación y aprendizaje previos en Alemania, donde funcionaban centros similares y se hizo realidad gracias a las Hijas de la Caridad, que destinaron una pequeña comunidad para las atenciones de la Casa, al Obispado que cedió las abandonadas y ruinosas instalaciones de la Casa de San Pablo, hogar de los Cursillos de Cristiandad, en el magnífico enclave natural del Valle de Agaete y al trabajo sin descanso de un completo equipo, coordinado especialmente por el Delegado Episcopal y el Administrador de Cáritas.

Con la dinamización desde los Servicios Generales, la celebración de jornadas de Formación y las publicaciones de valiosos materiales de Trabajo, Cáritas fue tecnificándose y desarrollando Programas de Trabajo tan importantes como los de Infancia y Juventud, Transeúntes, Ayuda al Tercer Mundo del que después nacería Las Palmas Acoge, Mujer, Toxicomanías, Formación, Imagen, Administración..., que significan un salto cualitativo trascendental en el ejercicio de la acción caritativa y social.

Como consecuencia de ese nivel de desarrollo y del incremento de la actividad social, se produce el crecimiento correlativo del personal asalariado, que plantea la necesidad de una reflexión profunda en relación al futuro de la Organización. Si por su propia naturaleza, Cáritas debe fomentar la formación e incorporación del voluntariado, es evidente que determinadas funciones no quedan garantizadas en su continuidad sin una dedicación plena que no aportan los compromisos esporádicos de tiempo, aunque se trate de profesionales. Pero, una Organización no mercantil, sin ánimo de lucro, que se nutre de recursos inestables y sin garantía de continuidad como los donativos y las subvenciones, no puede garantizar a medio y largo plazo los empleos estables que, al mismo tiempo, viene reivindicando a niveles sociales.

Esta tensión, no resuelta, que en un momento determinado generó el conflicto interno más duro y de mayor desgaste de estos diez años, podría

decantarse, a pesar de algunas incomprensiones, hacia la puesta en marcha de proyectos de trabajo de límite temporal prefijado, condicionados a los recursos económicos concretos disponibles para su desarrollo.

5. NUEVAS HERENCIAS. EL SÍNODO DIOCESANO

Mientras tanto, seguían su andadura, en algunos casos con un futuro difícil, las Obras de la Iglesia, y como garantía de continuidad, una comisión designada por el Obispado, afrontó su diversidad problemática analizando las nuevas circunstancias en que cada una debía desarrollarse, utilizando criterios de rentabilidad económica y social. De esa forma se clausuró la Central Lechera ya entonces inoperativa y hubimos de hacernos cargo del Comedor Asistencial, cuya necesidad y nivel de respuesta nos cuestionamos, adoptando la decisión de mantenerlo, con una profunda rehabilitación y reestructuración, como servicio integrado en el programa de transeúntes y a un incipiente proyecto de Centro de día. Diferentes caminos han seguido el Internado San José, el Patronato de Viviendas San José Artesano, y las restantes, que no encontraban un espacio adecuado en ninguno de los programas desarrollados por Cáritas Diocesana en la última etapa y han quedado, por tanto, desvinculados de la misma.

Cercano ya el final de estos comentarios, iniciados con un decidido propósito de brevedad, sería imperdonable no dejar, aunque tan sólo sea una breve constancia, de la huella imborrable que la celebración del Sínodo Diocesano ha supuesto para Cáritas desde la Iglesia y para la Iglesia desde Cáritas. Merecieron la pena todas las renunciadas exigidas, el esfuerzo de los trabajos preparatorios, los sinsabores de muchas reuniones, los intensos trabajos y debates en las Comisiones y en los Plenos, y la riqueza de las sesiones del Consejo de Dirección en el que participamos activamente, por los frutos concretados en las Constituciones, el reto de su cumplimiento y desarrollo para la Organización y la renovación de nuestros planteamientos personales e institucionales en el ejercicio de las tareas asumidas como cristianos convertidos y miembros activos comprometidos de la Iglesia.

Recogiendo el sentir de toda la Iglesia, el Sínodo ha establecido la realización de un plan de trabajo para potenciar un servicio programado y coordinado con los más pobres; una reflexión sobre el carisma de los voluntarios de Cáritas; la profundización en la coordinación con los Secretariados de catequesis y Liturgia; la realización de un bienio de Doctrina Social en coordinación con el C.E.T.; el estudio de la situación actual y análisis de las respuestas que se van dando desde la Diócesis; el desarrollo de una campaña de sensibilización; el envío y difusión por parte de los servicios generales diocesanos de

materiales que ayuden a los grupos a realizar recogidas sistemáticas de datos sociales y económicos; la programación de visitas de información y asesoramiento a los arciprestazgos estudiando sus necesidades, haciéndose presente en todas las parroquias; la planificación del programa para el presente quinquenio; un estudio de necesidades y planificación de las demandas; celebración de cursos de voluntariado para la comunidad cristiana y la sociedad; la creación de un equipo de estudio de las causas estructurales de la pobreza; el estudio de las necesidades materiales y humanas para hacer llegar la formación social a todos los rincones de la Diócesis; la invitación a la comunidad cristiana, a través del Departamento de comunicación cristiana de bienes, a colaborar generosamente en los distintos proyectos en marcha y muchas otras acciones que harían excesivamente extensa su enumeración.

La clausura del Sínodo vino prácticamente a coincidir con la publicación de dos documentos de honda significación y trascendencia para la vida de Cáritas: el documento *La Iglesia y Los Pobres* de la Conferencia Episcopal y el Informe FOESSA, que han venido a completar, por un lado, las exigencias en el trabajo con los más pobres, y, por otro, la actualización de los datos sobre la realidad social.

Es incuestionable que un magnífico fruto inmediato del Sínodo ha sido la renovación del Equipo Directivo de Cáritas Diocesana que ha heredado esta tremenda tarea, que cuenta ya con casi todo un año de andadura y cuya elección me pareció realmente inspirada. Está dejando día a día señales evidentes de su compromiso, su dedicación y buen hacer. Su reestructuración ha supuesto la renovación de la Dirección y del Delegado Episcopal, la creación de la Subdirección y de nuevos departamentos de Animación Comunitaria, Voluntariado, Cooperación Internacional, Comunicación e Imagen, Estudios y Documentación y Gestión de Servicios, con la correspondiente incorporación de sus responsables. Ellos y toda la familia de Cáritas siguen escribiendo la historia.

Eduardo García Berenguer